

zado á triunfar, y que *continuaban* triunfando, y que para acabar de triunfar del todo, solo faltaba una mutacion en España, esto es, un cambio ó de soberano, que no hubiese sido víctima de sus traiciones, como Carlos III, ó de un ministro desleal en otro fiel, que con fáciles y evidentes argumentos abriera los ojos al monarca, para que cayese en la cuenta de cuán torpemente engañado le traían los traidores ministros que desde Esquilache le rodeaban. Por dicha de Azara y de sus compañeros tal mutacion no tuvo lugar en España; pero no escasearon nuevos desengaños, que les hicieron comprender que la Providencia se burlaba de sus amaños é intrigas.

CAPÍTULO III

Proceso de Pombal. — Esfuerzos de los ministros de España para que no se instruya. — Su inutilidad. — Esperanzas de los jesuítas. — Medidas del gobierno español contra ellos. — Principios de un noviciado en Rusia. — Temores y prenuncios de Azara. — Facúltase en Italia á los jesuítas para ejercitar los ministerios. — Rescripto del Papa á favor de los jesuítas de Colonia. — El *Decreto formidable*. — Prodigalidades del P. Nicolás. — Enfermedad del P. José. — Encárgase de la tutoría de Nicolás. — Resentimiento de este. — El duque de Villahermosa embajador en Turin. — Terremotos en Bolonia. — Los PP. Pignatelli en las cortes de Parma y de Cerdeña. — El P. José y sus sobrinos los duques. — Vuelta de los Padres á Bolonia. — Obséquianlos los príncipes Spada.

1777 — 1779

El primer contratiempo, y el que sin duda puso en mayor aprieto á los ministros españoles, fue lo que sucedía en Portugal. Murió en Febrero de este año de 1777 el rey José I, á cuya sombra el marqués de Pombal había ejecutado contra los nobles y los jesuítas aquellas monstruosas é inauditas crueldades, que se harían increíbles, á no constar evidentemente por la historia. Toda la nacion esperaba este momento para ver arrojado del poder y de la corte aquel Neron de los tiempos modernos. D.^a María, hija de José I, ayudada de su tío Carlos III, sucedió á su padre en el trono, y casó con su tío paterno don

Pedro. El primer cuidado de la reina fue destituir á Pombal, ordenar que se le instruyese proceso, y que se hiciera justicia á todos los vasallos oprimidos por aquel monstruo.

No ignoraban los ministros de España que el proceso de Carvalho era el suyo propio; y que si llegaba á instruirse con sinceridad y buena fe, como no podía menos de suceder, segun era general la indignacion contra aquel privado, indefectiblemente se descubrían á la faz del orbe las inicuas maquinaciones que de concierto con él habían tramado. Aquí fue el desplegar toda su actividad febril para impedir la formacion del proceso; no perdonando para ello á medio alguno, aunque fuese necesario arruinar á España en razon de conseguir su intento.

El ardid que siempre les había producido mejores resultados, era hacer intervenir al monarca en la realizacion de sus planes. Continuaba todavía la cuestion inveterada de los límites de las fronteras en las posesiones americanas entre los gabinetes de Madrid y de Lisboa: y en 1.º de Octubre de este mismo año de 1777 entra la reina en negociaciones con su tío Carlos III, y se firma por ambas potencias en el real sitio de San Ildefonso un tratado desventajoso para España y ventajoso para Portugal. Algunos meses después, en 24 de Marzo del año siguiente de 1778, la reina viuda D.ª María Ana Victoria, llamada por su hermano Carlos III y venida á España, hace con él íntima alianza en el Pardo¹.

«La corte de Lisboa,» dice el P. Luengo², «viéndose al principio de este reinado llena de confusion y desórden dentro de su casa, en una guerra peligrosa con los españoles, con pérdidas por esta parte y con miedo de otras mayores, contemporizó, y mucho, con los ministros de España en la causa del ministro Carvalho y en la de los jesuítas, para conseguir la paz y con las condiciones menos malas que fuese posible;..... y los ministros de Madrid le concedieron una paz ventajosísima con la intencion

¹ GEBHART, *Hist. general de España*, Tomo VI, pág. 275.

² *Diario*, Tomo 14, pág. 416.

de que no se les disgustase en las dichas causas del ministro y de la Compañía.»

Y dos páginas más adelante dice: «Este tráfico impío y sacrilego solo pudo hacerse entre algunos ministros de una y otra parte, dando ventajas en la paz los de Madrid, y prometiendo los de Lisboa apartar á la reina del pensamiento de hacer mal á Carvalho y bien á los jesuítas.» Y da la causa de todo en la página 425, diciendo: «Es evidente que por estas declaraciones de Carvalho aparecerán todos ellos [los ministros de España], ó será muy fácil inferirlo de ellas, unos hombres injustos, mentirosos, desvergonzadísimos, y por consiguiente traidores al Rey y dignos de padecerlo todo.»

Con todo esto no lograron los ministros de Carlos III que se suspendiera absolutamente la instruccion del proceso; porque la reina se reconocía obligada en conciencia á hacer justicia á tantos súbditos injustamente oprimidos en el reinado anterior con asombro de todo el reino y de todo el mundo civilizado, á donde llegaba la nueva de tales tiranías: y esto tanto más, cuanto que las víctimas del furor de Carvalho eran las familias y personas más ilustres del reino por su nobleza, piedad y religion¹.

Los jesuítas portugueses desterrados en Italia conocían estas disposiciones de su reina: y estando su causa tan unida con la

¹ Á los jesuítas encerrados hasta entonces en lóbregos calabozos se los puso en libertad. De ellos escribía un autor contemporáneo: «Los jesuítas salidos de las cárceles predicán con grande aplauso de los fieles. El pueblo dice que no han cambiado de doctrina ni de vida con la mudanza de traje en el de sacerdote secular. Con el permiso de la reina el P. Pérez, oriundo de Bahía, ha vuelto de Roma. Los religiosos de la Compañía de Jesús resplandecen en este reino á los ojos del pueblo por el admirable ejemplo de sus virtudes. El P. Borges posee una gracia particular para la asistencia de los moribundos; y en todas partes, aun en las casas de los grandes, se lo disputan.» (CRISTÓBAL MURR, *Diario*, Tomo VIII, páginas 64, 66: citado por Zalenski). Permittedse á seis de ellos vivir reunidos en el monasterio de nuestra Señora de Belen junto á Lisboa. El rey D. Pedro se gloriaba de no haberse olvidado de la saludable doctrina que de ellos había aprendido.

de los caballeros, no dudaban de que se haría pública su inocencia y se les levantaría el destierro. «Las tonterías de Portugal,» escribía Azara en 17 de Julio de 1777, «des han vuelto la cabeza, y no sueñan otra cosa que resurreccion. Esperan otra tal revolucion en España, para ver su pleito ganado. Lo peor es que la predicen.»

Afortunadamente para Azara se habían tomado ya las más rigurosas medidas á fin de que los ex-jesuítas residentes en Italia no comunicasen, ni siquiera por cartas, sus impresiones y esperanzas á los parientes, amigos ó conocidos de España. Esta fue táctica adoptada desde el principio del destierro, seguida después de la extincion, y empleada con más rigor ahora, cuando empezaba á hacerse luz sobre los misterios de iniquidad de los agentes del gobierno. Algunos de los ex-jesuítas habían alcanzado licencia del presidente del Consejo para escribir á sus familias; pero ahora aun á estos se les privó de este alivio, ó se los sujetó á condiciones las más injustas y tiránicas.

Oigamos al P. Isla: quien, escribiendo á su hermana el día del Corpus (29 de Mayo) de este año de 1777, le dice: «Ya habrás sabido la orden que se nos ha intimado de no escribir á España, aun los que teníamos licencia para ello, sino por mano de nuestros comisarios, á quienes se deben entregar las cartas abiertas¹.» Así lograban que en España se estuviese á oscuras acerca de los sucesos favorables á los jesuítas, y podían á mansalva propagar en el reino las más negras calumnias que ellos se forjaban. Para ello y para mayores disgustos les dio abundante materia un importantísimo triunfo de los jesuítas.

La muerte iba disminuyendo el número de estos en Rusia: y Catalina, para reparar estas continuas bajas, procuró les facultase el Pontífice para recibir novicios en aquel imperio. Cuán á pechos tomó Catalina este negocio, veráse en la siguiente carta del conde Tchernichef al Padre Czerniewicz. Dice así:

«Reverendísimo Padre. — Hoy he recibido otra carta de la

¹ Carta CCLXXVIII á su hermana.

Emperatriz, mi soberana, cuyo afecto se aumenta de día en día más para con vuestra Compañía. Su Majestad Imperial se digna participarme que aprueba la ereccion de un noviciado de vuestro Instituto en la Rusia Blanca. Sin embargo ántes que se levanten las dificultades que á esta obra se han de oponer, y tomadas las precauciones necesarias para que enteramente logre feliz éxito esta empresa, Su Majestad Imperial, vuestra Soberana, os ordena que deis principio siquiera á la fábrica de dicho noviciado.»

«Este nuevo testimonio de atencion, que tengo encargo de participar á V. R., os obligará indudablemente á todos los de vuestro Instituto á estarle eternamente agradecidos. Me atrevo á esperar de vuestra sumision especialmente, que os daréis toda la prisa posible no solamente en lo que toca á la fábrica, sino tambien en lo que concierne al mueblaje que requiere el dicho noviciado. — Entretanto tengo el honor de ser con toda consideracion — De V. R. humildísimo siervo — ZACARIAS TCHERNICHEF, Gobernador de la Rusia Blanca. — Moscou, 23 de Febrero de 1777¹.»

Nada deseaba tanto Su Santidad, como complacer á Catalina y conservar aquel sagrado fuego que ardía en un rincón de Europa, de donde se había de propagar por todo el mundo. Pero aquí fue donde desplegaron toda su actividad y agotaron los recursos de su ingenio cuántos temían el abismo de miserias en que iban á precipitarse con la resurreccion de los jesuítas. Este negocio costó más de tres años de tiempo, y «provocó» dice el P. Zalenski², «una muy viva correspondencia diplomática, dando origen á violentas acusaciones contra la Compañía.»

El sagaz agente Azara, que comprendía bien el éxito que había de tener este negocio, sin poder disimular su sentimiento, y aun abultando los hechos, como acontece al que teme, daba parte de sus temores escribiendo en 24 de Abril (1777): «En Alepo han celebrado los jesuítas, y los capuchinos sus secuaces,

¹ P. LUENGO, *Papeles varios*, Tomo 7.º, pág. 35.

² *Los jesuítas de la Rusia Blanca*, Tomo I, Lib. III, Cap. I.

la resurreccion de la Compañía con procesion y fiesta en casa del cónsul. Han venido aquí á quejarse de las nuevas herejías de estas gentes el obispo de Jerusalem y un misionero franciscano; y apenas han puesto los pies en Roma, cuando los han amedrentado y mandado caHar..... En Lituania viven y hacen hijos. En Prusia cuasi lo mismo. En Alemania son adorados. En Francia gobiernan todo el clero y los dos tercios de los seglares. En Portugal ya pide la nueva reina el rezo del Corazon de Jesús y otras gracias para los jesuitas que han salido de prision. En Italia tienen general y provinciales. En Roma insultan ya á sus contrarios, etc., etc. ¿Qué les falta, pues, para estar resucitados y gloriosos como ántes? Que suceda una desgracia en España, y que el ministro español en Roma vaya *in fiocchi* (con solemnidad) á pedir al Papa la supresion del Breve de supresion, y no dude V. que este caso no lo miran aquí como imposible. Yo no puedo hacer más que *instare, obsecrare*; pero tengo chica voz.»

Y á 7 de Agosto, echándola de profeta, decía: «V. se acuerde, que yo le pronostico desde ahora, que los jesuitas lograrán ántes de dos años, no el restablecer su Compañía, pero sí resucitar bajo otra forma, que en sustancia será lo mismo. Lo veo tan claro, como el sol que nos alumbra; pues todas las líneas de aquí y de afuera se dirigen á esto. Dios quiera que yo sea un mal profeta.»

Á grandes comentarios se prestan todas estas lamentaciones, que omito aquí por no ser de este lugar. Lo cierto es que pintan con vivos colores el estado de los ánimos así de los amigos, como de los enemigos, de la Compañía. El aliento que infundían en el ánimo del P. Pignatelli tan prósperos sucesos, no hay palabras con que significarlo. Por sus relaciones con los personajes de Bolonia más ilustres en saber, nobleza y autoridad estaba al corriente de todo lo que iba sucediendo en favor y en contra de su religion, cuya prosperidad le colmaba de alegría.

No fue pequeña la que recibió por este tiempo, al ver habilitados para los ministerios del Instituto á sus compañeros hasta entonces ignominiosamente privados de su ejercicio, como lo es-

cribe el P. Isla con fecha 11 de Abril de 1778¹. «Así en Roma,» dice, «como en los demás estados de Italia ejercitan los ministerios de enseñar, confesar y predicar todos aquellos que quieren los obispos; y entre ellos hay algunos españoles, particularmente aragoneses². El nuevo Cardenal Arzobispo de Bolonia, mi buen *padrone*³, ha nombrado por maestro de retórica de este su seminario á un ex-jesuíta boloñés muy hábil y de mi particular cariño.»

Henchíasele de gozo el corazon al P. Pignatelli al ver que su madre la Compañía recobraba su primera estimacion y aprecio ante los Pastores y la grey cristiana; y esto, á pesar de los obstáculos que por todas partes la suscitaban sus enemigos, y más que todos, los agentes de España en Roma⁴. Lo que estos trabajaban por inutilizar los esfuerzos del Papa en el asunto del noviciado de Rusia, era increíble al que por sus propios ojos no lo viese.

El caso que voy á referir demostrará con qué afan se desvelaban nuestros diplomáticos por estorbar todo lo que se intentaba con el fin de rehabilitar á la extinguida religion. Me serviré de las mismas palabras de Azara en su carta de 4 de Febrero de este año de 1778:

«Si yo no estaba por el mundo,» dice, «bravo parche nos ha-

¹ Carta CCLXXXI, á su hermana.

² En Ferrara fueron más fáciles las autoridades eclesiásticas en permitir á los jesuitas el ejercicio de sus ministerios.

³ Era este, como dijimos, el cardenal Gioanetti.

⁴ Como ejemplo de la suma vigilancia que estos ejercían sobre todo lo que tuviese relacion con la causa de la Compañía, citaré el hecho siguiente, que escribe Azara en su carta de 1.º de Enero de 1778. Dice así: «Días pasados llegó aquí un peregrino alemán, el cual se presentó á su penitenciario; y para instruirle de su buena conciencia, le mostró todos sus certificados de confesiones; y entre ellos, uno de un santuario de Prusia, llamado *la Virgen del Tilio*, cuyo capellan es un jesuíta, y se firma, como tal, *Societatis Jesu*, en prueba de que subsisten y se tienen por tales jesuitas, como si la Compañía no hubiera sido extinguida. Este certificado,» añade, «de tuve yo, y lo he dado al embajador, para que le haga un argumentico al Papa esta noche.»

bían pegado los jesuítas, pues indirectamente habían resucitado; porque con gran secreto habían ya obtenido un rescripto del Papa, para que los que viven juntos en los colegios de Colonia pudiesen predicar, confesar, abrir escuelas y encargarse de educar muchachos en colegios etc. Ya ve V. que la extinción quedaba puro nombre, pues no habría de mudado más que el hábito¹. Si fuera maligno, con haber callado dejaba armarse una tempestad, que Dios sabe cuándo se hubiera apagado; y yo estaba seguro que yo solo en Roma lo sabía. Sin embargo se lo comuniqué luego al embajador, y todo se ha remediado; y el rescripto queda suprimido. Creo que no ha sido este pequeño servicio.»

Sería nunca acabar el referir todos los servicios de este género prestados á los ministros de Carlos III por D. Nicolás de Azara. Toda la vida de Pío VI fue una continua lucha á brazo partido contra esos hombres, á quienes el miedo de que se descubriesen sus iniquidades traía hechos unos Argos para descubrir los planes que se meditaban á favor de la inocencia oprimida y en bien de la Iglesia, y ahogarlos en sus mismos principios. Resistencia tan constante y tenaz prueba sin embargo cuán sinceros eran los propósitos del Papa de restablecer la Compañía á instancias de los obispos y aun de varios príncipes y pueblos; propósito que más de una vez manifestó á los que le suplicaban restaurase la orden abolida.

Á mediados de este año de 1778 viéronse como transportados de inefable gozo los enemigos de los jesuítas, cual si no solo hubiesen por fin logrado sacudir de sí los temores concebidos, particularmente desde la desgracia de Pombal, cuya suerte veían

¹ En el correo anterior (29 de Enero) escribía D. Nicolás: «De cosas de aquí no hay nada esta semana que avisar. Sé, no obstante, que los jesuítas no duermen; y que el grande Antici está haciendo vivas diligencias, para que á los que conviven [esto es, viven reunidos] en los colegios de Alemania, se les permita confesar, predicar, etc., contra lo dispuesto en el breve de Clemente XIV. Esto sería resucitarlos enteramente, sin más diferencia que el hábito. El elector de Colonia, gran fautor de esta gente, es el que promueve la pretension. Dudo que la logre; pero no hay que fiar.»

haber de ser también la suya, si se descubrían sus tramas; sino también asegurado con un nuevo triunfo su porvenir y dado un golpe mortal á sus contrarios. Tratábase en Roma la cuestión del noviciado de Rusia: la agitación de los agentes del gobierno de España había sido activa y animada cual nunca: y su aire de triunfo hacía presentir algo más que una mera negativa de la fundación de un noviciado. El desaliento se apoderó del ánimo de cuantos habían concebido segura esperanza de un pronto restablecimiento de la Compañía. Solo el P. Pignatelli se mostraba imperturbable, fijo su corazón en aquel Señor que no permite sea siempre oprimida la inocencia, y dirige con mano suave sí, pero también fuerte, los humanos acontecimientos, y aun las diabólicas instigaciones, al bien y provecho de sus escogidos.

Humanamente hablando tenían bien de que alegrarse los adversarios de los jesuítas. Á fuerza de intrigas y de malas artes habían conseguido de Pío VI un decreto que los Padres Rusos con razón calificaron de *formidable*. En él se comunicaban al obispo de Mallo *in partibus*¹ facultades tan amplias, que en un momento podía destruir la obra de los jesuítas en Rusia y apagar de un golpe aquel resto de vida que allí conservaba la Compañía. Creo conveniente copiar aquí aquel documento traducido al español. Es del tenor siguiente:

«En la audiencia de 9 de Agosto de 1778 Nuestro Padre Santo el Papa Pío VI, por relación del infrascrito, secretario de la sagrada Congregación de la Propaganda, para conservar y mantener la observancia regular en los países sujetos al imperio moscovita, ha tenido á bien conferir por tres años al Reverendísimo Señor Estanislao Siestrzencewicz, obispo de Mallo en la Rusia Blanca, la jurisdicción ordinaria sobre los religiosos

¹ Según Cristóbal de Murr, MALLUS fue el nombre de una ciudad de Pisidia, y el mismo nombre tuvo otra de Cilicia, en el Asia. Ambas fueron elevadas á Sedes episcopales en el siglo V. (*Diario*, Tomo XIII, pág. 273, nota).